

# Nacimiento de las comunidades cristianas

Fuente: Hch 16, 6- 10; Hch 16, 16- 24; Hch 16, 25- 39;



Saul, llamado también Pablo después de hacerse cristiano,



empieza a viajar junto a algunos compañeros suyos para difundir el mensaje de Jesús.



Yendo a varias ciudades, hablan de Jesús a cuantos encuentran y de lo que dijo e hizo.



Explican que los cristianos se quieren y viven el amor recíproco,



Y que entre ellos ya no hay pobres, porque ponen todos sus bienes en común.

*¿También vosotros habéis compartido algo o lo habéis puesto en común?*



Una noche, mientras viajaban, Pablo tuvo una visión; un hombre estaba delante de él y le suplicaba diciendo:



“Pasa por mi ciudad, ¡ven a socorrernos!”



La ciudad de ese hombre se llamaba Filipo, que se encuentra en un país lejano que se llama Macedonia.



Por la mañana salen enseguida seguros de que Dios los ha llamado allí para anunciar el Evangelio.



Llegan a la ciudad de Filipo y se reúnen con los judíos que viven allí, cerca del río.



Pablo y Sila les hablan de Jesús. Algunos entienden enseguida la vida de Jesús y piden el bautismo,



como Lidia que invita después a los dos discípulos a quedarse en su casa por unos días.



Al día siguiente, Pablo mientras va a orar, encuentra a una esclava que parece enloquecida.



Sus patrones ganan mucho dinero a costa de él porque es una adivina.



Pablo la cura, pero los patrones de la esclava, al perder de esta manera su dinero, se enfadan mucho con él.



Por eso cogen a Pablo y a Sila y los conducen ante los jefes de la ciudad y los acusan injustamente diciendo:



“Nosotros somos romanos, no podemos aceptar las cosas raras que predicán estos dos judíos!”



Los jefes condenan a los dos discípulos y después de castigarlos a bastonazos, los encierran en una prisión.



Pablo y Sila están en la celda, pero su corazón está rebosante de alegría, sienten a Jesús tan cerquita que se ponen a cantar. Todos los demás encarcelados los escuchan en silencio.



Ya es media noche cuando un fuerte terremoto rompe todas las cadenas y abre de par en par las puertas de la prisión.



También el carcelero, que está dormido, se despierta y piensa: “Ahora todos los prisioneros se habrán escapado y los jefes me echarán la culpa”; y por miedo quiere matarse.



Justamente en ese momento, desde el fondo de la mazmorra se oye la voz de Pablo que le dice: “¡Detente, no te mates porque no nos hemos escapado, todavía estamos todos aquí!”.



El carcelero enciende una antorcha y baja a la mazmorra.



Saca a Pablo y a Sila, se arrodilla delante de Pablo y dice:



“Señor, ¿qué debo hacer para salvarme?” Pablo responde: “Cree en Jesús y te salvarás, tú y tu familia”.



El carcelero entonces se los lleva a su casa donde Sila y Pablo hablan de Jesús a toda la familia.



Su corazón se llena de alegría y todos piden el bautismo.



Los familiares del guardián curan las heridas de Pablo y Sila ocasionadas por los bastonazos recibidos; después les preparan la mesa y comen juntos.



Mientras, llega la orden de librar a Pablo y Sila, pero ellos le dicen a los guardias que llevan esa orden:



“Vuestros jefes nos han acusado, nos han pegado sin motivo alguno y nos han encarcelado, ¡pero también nosotros somos ciudadanos romanos!”



Cuando los guardias le repiten a sus jefes estas palabras, ellos se dan cuenta del grave error que han cometido.



Van a pedirles perdón a los dos discípulos y los dejan ir en paz.



Pablo, entre un viaje y otro, aprovecha para escribir a las varias comunidades cristianas que van naciendo durante sus visitas.



Son cartas muy bonitas, como la que escribe a sus amigos de Tesalónica. En esta carta dice que siente mucha nostalgia y no ve la hora de volver a verlos. Está contento porque se ha enterado que viven las palabras de Jesús y tratan de amarse siempre unos a otros. Aconseja que sigan amando cada vez más hasta hacerse santos.



Chiara: “Jesús hizo siempre la voluntad del Padre. Si también tú haces lo que Jesús quiere de ti, serás otro Jesús en la tierra”.



## Cómo ha cambiado Darío.

### Darío de Argentina.



“¡Venga, Darío, llévale los zapatos al abuelo!”



“¡No! No quiero”, responde Darío.  
“¿Tengo que ser yo quien le lleve siempre los zapatos al abuelo?”  
Y se va a jugar con su hermanito Enzo.



Enzo todavía es pequeño y jugando rompe la grúa de Darío. “¡Pero bueno! ¡Tú siempre lo rompes todo!”, le grita Darío y le da un empujón. Enzo se cae y llora.



Darío se va al colegio, está en primero. Un día dice la profesora: “Esta tarde habrá una fiesta gen 4. Estáis todos invitados. La fiesta empieza a las cuatro en casa de Eugenio”.



En la casa de Eugenio hay mucho lío. Darío y los otros 7 niños de la clase han venido a la fiesta y corren, gritan, se pelean. Están desencadenados.



Después de un rato, Eugenio invita a que todos se sienten. Lucas y Esteban, dos gen 4, empiezan a contar cómo empezaron ellos a amar a Jesús y a querer a los demás.



De pronto, todos se callan. Es bonito lo que cuentan Lucas y Esteban. Darío escucha y piensa: “A mí también me gustaría actuar como ellos”.



Cuando Darío vuelve a su casa, su madre le pide que riegue las plantas. Darío va al jardín y en un momento termina. Darío se siente feliz...



Le lleva también un paquete de chocolates a su abuelo. Su madre, sorprendida, piensa: “¡Cómo ha cambiado Darío desde que ha vuelto de la fiesta gen 4!”.



## ¡Siempre patatas hervidas!

(Lene y Marianne de Holanda)



¡La comida está lista!, dice la madre.



Lene, Marianne y Luc corren a la mesa.



“¡Siempre patatas hervidas!”, dice a regañadientes Marianne, mirando con envidia las patatas fritas en el plato de Luc.



Lene y Marianne tienen que hacer un tratamiento, ha dicho el médico: cada día se han de poner una inyección y no pueden comer lo que quisieran.



Lene le guiña el ojo a Marianne: “¡Mira, -le susurra-, ¿te acuerdas?”.  
“¡Es verdad!”, contesta Marianne, y se pone a comer sin más tonterías.



Un tiempo después, su madre la lleva al médico para la visita de control.



“Decid la verdad –dice el médico sonriendo-, ¿Cuántas veces habéis comido patatas fritas?”. Lene con decisión le contesta: “Ni una sola vez”. “Nosotras somos gen 4”, sigue diciendo Marianne.



“¡Ahora entiendo a estas dos pequeñas – le dice después el médico a la madre-, tienes que contarme más sobre las gen 4!”.